

SEMANARIO **CUATRO F**

VENEZUELA, DEL 26 DE SEPTIEMBRE AL 3 DE OCTUBRE DE 2026 • AÑO 11 N° 486



VICTORIA DE LA DIPLOMACIA

Algunas claves de la visita de la presidenta a EEUU
Por Clodovaldo Hernández.

P.2-3

La soberanía hecha palabra: Venezuela renace desde el podio de las Naciones Unidas
Por Johanna Carvajal.

P.7-8

Lea el discurso de la presidenta Delcy Rodríguez en la ONU

P.16-23

Periódico del



Cuatro Temas

Algunas claves de la visita de la presidenta a EEUU

Amargura opositora, impacto simbólico, y retorno a escenarios de los que se había excluido a Venezuela; marcan el momento político. Los resultados determinarán, al final, el balance de la gira

Por Clodovaldo Hernández.

Una de las formas de estimar el impacto de una acción gubernamental llevada a cabo en medio de nuestra incesante actividad política es observar qué tanto desconcierto, rabia y amargura genera entre los factores partidistas, mediáticos y de redes de la extrema derecha.

No es que eso sea lo más importante, desde luego, pero es una manera de calibrar el efecto de una política pública, una decisión, un encuentro dentro o fuera del país y hasta alguno que otro desplante.

Una explicación candente de esto está ocurriendo en estos días, con la visita de la presidenta encargada, Delcy Rodríguez, a Nueva York para asistir a la Asamblea Anual de la Organización de las Naciones Unidas y sostener varias reuniones bilaterales de gran trascendencia noticiosa y, probablemente, histórica.

El descontento, la turbación y el disgusto de diri-



gentes políticos y figuras mediáticas de la oposición radical ha estado a flor de tierra. Se les oye y se les ve desencajados, indignados, molestos, destilando jugos biliares en sus comentarios y reseñas del viaje presidencial.

Pueden desestimarse estas malacrianzas (así les decía, Carmen, mi madre, a las pataletas y los berrenches), pero sirven para calibrar la profundidad de la crisis de una dirigencia partidista y comunicacional movida por el odio y la sed de venganza. Está claro que no han podido digerir el hecho de que, tras el acto de fuerza de Estados Unidos en enero, ellos sigan siendo opositores y

viendo los toros desde la barrera.

La gira presidencial se produce, además, en un tiempo extremadamente difícil para los autodenominados “exiliados”, pues ha habido una nueva vuelta de tuerca en la política de persecución a los inmigrantes, lo que ha generado auténtico terror en enclaves venezolanos, como Doral, en Florida.

A los voceros habituales de este sector, tanto en medios de comunicación convencionales como en redes, se les ha visto dando arengas plañideras. Para esas personas ha sido demasiado que, mientras la presidenta encargada visita Nueva York, el temible

ICE (organismo encargado del control de las migraciones) los persigue a ellos, que siempre han respaldado a Trump y todas sus políticas.

Venezuela vuelve de un espacio del que fue excluida

Más allá de ese aspecto sintomático, el viaje de la presidenta encargada demuestra que si Venezuela estaba ausente de importantes foros diplomáticos y geopolíticos, no era por voluntad aislacionista, sino porque los factores de poder real dentro de esos escenarios la habían excluido, como parte de una estrategia global de asedio político, económico, diplomático, mediático y, en última instancia, militar.

Las medidas coercitivas unilaterales y el bloqueo son la causa de que, desde hace varios años, el país se haya visto impedido de votar las resoluciones de la Asamblea General de la ONU. Se alega falta de pago de las cuotas, algo que ocurre porque se cerraron deliberadamente todos los caminos para realizar transacciones financieras.

Algo parecido ha ocurrido con organismos financieros multilaterales que han

tenido retenidos recursos propiedad del Estado venezolano —incluso en plena pandemia de Covid 19—, obedeciendo así a las mismas directrices dictadas desde que se nos catalogó como una amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional de EE. UU.

El impacto de la comunicación política

Una arista muy interesante del viaje de la presidenta a EEUU ha sido el impacto de elementos de la comunicación política puestos en juego desde su llegada a Nueva York.

Concretamente, fue viral la imagen de Delcy Rodríguez al bajar de la aeronave y comenzar a recibir los saludos de la comitiva que la estaba esperando. La chaqueta que vestía tenía en la espalda la figura en diapositiva de Mafalda, la genial creación del humorista gráfico argentino Joaquín Salvador Lavado, “Quino”. La eterna niña de las tiras cómicas es emblema de la más aguda irreverencia ante el orden establecido, por lo que la indumentaria de la jefa del Estado venezolano dio mucho de qué hablar.

Tal como el “aquí huele a azufre” del comandante

Hugo Chávez o como el gesto con las manos esposadas del presidente Maduro a su arribo a EEUU, luego de ser secuestrado en Caracas, la chaqueta de Mafalda marca la personalidad política de la presidenta Rodríguez en un escenario donde la cuestión simbólica tiene un peso a veces superior al de los discursos.

La importancia de los resultados

Más allá de los logros que ya son evidentes, se espera que la visita de la presidenta Rodríguez tenga notorios resultados en los campos de la geopolítica y la economía, con efectos apreciables para la población venezolana en general, que sigue resistiendo en un año particularmente difícil y trágico.

Cuando se asienten las polvaredas de la polémica en torno al viaje internacional de la mandataria encargada, serán los aspectos pragmáticos los que pasen a tener el mayor peso: acuerdos, alianzas, compromisos sobre el desmontaje de las sanciones y planes concretos de grandes inversiones materializarán los verdaderos alcances de la expedición diplomática.

Diplomacia de paz victoriosa



Por Walter Ortiz.

Cuando la República Bolivariana de Venezuela decidió soberanamente mantenerse en el carril de la diplomacia, a pesar de lo complejo de la situación, después de la agresión militar del 3 de enero y sus consecuencias; no fueron pocas las dudas, preguntas, e incluso incomprensibles reclamos por parte de sectores cuyo aturdimiento por el suceso mismo les impe-

día ver la realidad política que transitaba nuestro país.

Fue la Delcy Rodríguez, la misma que llegó a Nueva York con Mafalda dibujada en su espalda, con una bufanda roja al estilo del expresidente Hugo Chávez, y con un pin del mapa completo de nuestro país incluyendo a la Guayana Esequiba; quién se dirigió al país desde la Asamblea Nacional, llevando el men-

saje que debía dar el Presidente Nicolás Maduro y que es parte de las responsabilidades constitucionales que tiene que cumplir anualmente el Jefe de Estado y de Gobierno en nuestro país.

Con claridad absoluta dio dos mensajes al país en momentos cuando la tensión pos tres de enero, estaba al rojo vivo: por un lado despachó a quienes pretendían presionarla con agresiones de

discurso o escrito, que no era ella en todo caso la amenazada, sino que estábamos ante un desafío que implicaba a toda la Nación venezolana. Por el otro, manifestó que si en algún momento tenía que ir a Washington lo iba a hacer de pie, no de rodillas, defendiendo los intereses nacionales de la República Bolivariana de Venezuela, sin más ni más.

Ese doble concepto sin duda alguna fue clave para transitar con determinación nacional el camino de la diplomacia, que en el caso venezolano tiene de suyo el ejercicio político de un país pacífico que no es amenaza para nadie, y que en todo caso conoce muy bien su papel específico en el actual escenario internacional como parte ineludible de la ecuación energética mundial; al tiempo de poseer el bien exclusivo de la doctrina de Simón Bolívar como uno de los elementos más preciados, que incluso cimenta la Constitución Nacional.

De allí en más, el ejercicio propio de liderazgo de la Delcy Rodríguez, se ha encargado de desarrollar una agenda diplomática profunda para

procurar dirimir pacíficamente la contradicción histórica con los Estados Unidos, que es uno de los elementos centrales para desescalar cualquier tipo de tensión y sacar a Venezuela del escenario de la guerra, así como procurar la reinserción definitiva de nuestro país con plenas libertades en el escenario mundial, es decir sin todas esas restricciones de las medidas coercitivas unilaterales que son, sin dudar, una camisa de fuerza que de manera clara constituye un dispositivo de tortura muy efectivo para el cuerpo social y económico de cualquier Estado a quien se le aplique.

Ese trabajo dedicado, con empeño, en medio de mil dificultades, tensiones, complicaciones, provocaciones y hasta posturas irresponsables de factores otrora aliados de la Revolución Bolivariana ha venido, de manera recurrente, dando frutos no solo en acuerdos de diverso tipo; sobre todo haciendo énfasis en materia de servicios y en materia petrolífera y de gas, si no en un ejercicio político de desescalamiento de la relación con los Estados Unidos y con los países de Europa, así como de

reposicionamiento paulatino de nuestro país en la arquitectura financiera internacional.

Todo este previo es necesario de afirmar, ya que la presencia de la República Bolivariana de Venezuela y de la presidenta Delcy Rodríguez en el escenario mundial asociado a la 81° Asamblea General de Naciones Unidas, da cuenta de lo efectivo, en positivo, que ha resultado la Diplomacia Bolivariana de Paz como mecanismo para avanzar en un proceso que nos garantice estabilidad, independencia, soberanía, ventajas de oportunidad hacia el desarrollo; y finalmente redunden en bienestar para el pueblo venezolano, con la primordial postura de posicionar los intereses nacionales por encima de cualquier otra cosa.

La presencia en este foro internacional para afianzar la estrategia diplomática de Venezuela, que tiende a su reinserción definitiva en un escenario mundial, tan complejo y caótico como el actual, donde posicionamos la diplomacia como el único elemento efectivo para la concertación, para el en-

cuentro, para el acuerdo, y también para la construcción de confianza en que nos permita transformaciones que beneficien a todos y a todas, parte esencial de la agenda de este encuentro de Naciones Unidas; ratifica el buen paso que ha dado la diplomacia como decisión soberana que asumimos con muchísima responsabilidad en función de preservarnos como Nación, como Estado y como República, y avanzar en los objetivos de la recuperación económica y social que nos hemos trazado en todos estos años de resistencia como objetivos fundamentales.

Toda esta semana de trabajo tendrá Venezuela en el foco central, como ha sucedido en años recientes ya que nos caracteriza una Doctrina Bolivariana sobre la cual sentamos las bases de

aquello que queremos afianzar en nuestro relacionamiento con el mundo. Con mucho respeto ha sido recibida la presidenta Delcy Rodríguez, respeto que nos hemos ganado a pulso durante años y que se ha fortalecido con este ejercicio diplomático acelerado que también tiene un punto importante en la atención de las consecuencias del doble terremoto del pasado 24 de junio.

Y es que fue efectiva la coordinación con el sistema de Naciones Unidas para atender de la manera más rápida posible la emergencia ante esta tragedia, avanzando en toda una propuesta de trabajo que fue entregada por esta instancia multilateral de cooperación, a través del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD; qué ha concluido con la entrega de un documen-

to sobre las necesidades esenciales que debemos afrontar para recuperarnos del todo de los efectos de lo que nos ocurrió el 24 de junio.

Todo este contexto enfoca una diplomacia Bolivariana de Paz victoriosa, que funciona, que tiene victorias concretas en el corto, mediano y largo plazo, y que se erige como ejemplo fundamental en un mundo donde la guerra y el conflicto existencial parecen moneda común, poniendo en peligro hasta la humanidad misma.

Venezuela tiene una doctrina, la del Padre Libertador Simón Bolívar, para seguir adelante.

Nuevas y buenas noticias traerá esta agenda de trabajo, tanto para Venezuela como para el mundo.

PSUV
PARTIDO SOCIALISTA UNIDO DE VENEZUELA

Presidente del Psuv:
Nicolás Maduro Moros

Secretario General del Psuv:
Diosdado Cabello

Secretario de Comunicación:
Jorge Rodríguez

SEMANARIO
CUATRO F

Director General: Gustavo Villapol.

Jefa de Redacción: Johanna Carvajal. **Diseño y Diagramación:** Eugenio Rada

Equipo de Trabajo: Iván Mc Gregor, José Salazar, Mariana Rodríguez, Anaís Churión, Judith Casianis, Marianny Pereira, Gherio, Manuel Atencio, Antonio Roderio, Gabriel García, Adriel Martínez y Gisell Viloria. **Corresponsal en Europa:** Geraldina Colotti.

Depósito Legal: pp201401DC1761



@CuatroFWeb



@CuatroF Web



Cuatro F Web



Cuatro F Web

La soberanía hecha palabra: Venezuela renace desde el podio de las Naciones Unidas



Por Johanna Carvajal.

En un mundo donde la fuerza parece querer imponerse sobre el derecho, la imagen de una jefa de Estado venezolana de pie en la tribuna de la Asamblea General de la ONU no es un simple acto protocolar. Es la síntesis de una victoria que trasciende lo diplomático para convertirse en un acto de soberanía, dignidad y renacimiento colectivo. La participación de la presi-

dentista Delcy Rodríguez en la 81.ª Asamblea General no solo marca un hito por ser la primera mujer en representar a Venezuela en tan alto foro, sino porque encarna la culminación de un camino que, contra todo pronóstico, eligió la paz sobre la confrontación.

El triunfo de la diplomacia venezolana en la ONU es, ante todo, un triunfo de la sensatez. Quienes apostaban al aislamiento, al caos

y a la desestabilización se han topado con una realidad irreducible: Venezuela está presente, su voz se escucha y su presidenta es recibida con la legitimidad que otorgan las naciones. Como lo expresó el presidente de la Asamblea Nacional, Jorge Rodríguez, “si nos hubiéramos refugiado en los argumentos de la guerra, ¿cuántos muertos estaríamos contando? Escogimos la diplomacia, que ya está dando frutos reales

y verdaderos”. Esa frase resume la esencia de una política exterior que ha sabido resistir, tejer alianzas y, sobre todo, preservar la vida de un pueblo que ha sufrido demasiado.

La presencia de Delcy Rodríguez en la ONU tiene una carga simbólica que merece ser subrayada. Es la primera mujer presidenta de Venezuela en dirigirse a la Asamblea General, un hecho que fue calificado por el propio Jorge Rodríguez como histórico: “Es un hecho histórico que sea además una mujer nacida en esta tierra, la primera presidenta de la República Bolivariana de Venezuela”. En un continente donde las mujeres aún luchan por espacios de poder real, esta imagen no es un detalle menor. Es la demostración de que la soberanía también se ejerce con rostro de mujer, con la firmeza de quien dijo, tiempo atrás, que “si le tocara entrar a Washington lo haría de pie, caminando, con la soberanía intacta y la independencia intacta”.

Pero más allá del simbolismo, el discurso de la Presidenta estuvo cargado de contenido sustantivo. Anunció el inicio de “un proceso de transformación democrática para su Renacer.

Un proceso ordenado, institucional y verificable, para construir un país más libre para todos, más próspero y más reconciliado consigo mismo”. Y fue enfática al señalar que una nación no renace solo reconstruyendo edificios, sino “cuando reconstruye la confianza en sus instituciones”. Ese es el corazón del mensaje: el renacer no es un eslogan, es una hoja de ruta que incluye reformas estructurales, justicia social, respeto a la naturaleza y un ejercicio responsable de la política que no esté “secuestrada por algoritmos mediáticos”.

El contexto no era fácil. Venezuela ha enfrentado en 2026 dos pruebas dolorosas: el estrangulamiento de su vida política y la tragedia del doble terremoto del 24 de junio. Sin embargo, la presidenta no llevó a la ONU un discurso de lamento, sino de esperanza activa. “Hoy Venezuela renace”, dijo, y al hacerlo no hablaba solo de reconstrucción material, sino de una transformación profunda de la dinámica política, basada en el diálogo, la negociación y la diplomacia. Agradeció incluso la disposición del gobierno de Estados Unidos a retomar las relaciones diplomáticas, un gesto que habla de una madurez política que pone

por delante el bienestar de los pueblos.

La victoria diplomática, entonces, no es un trofeo. Es la confirmación de que la soberanía se defiende con inteligencia, con paciencia y con la firmeza de no renunciar a los principios. La participación soberana en la ONU “consolida el prestigio de la Diplomacia Bolivariana de Paz y ratifica la independencia absoluta del Estado venezolano en el escenario global”. Y ese es el mensaje que queda: Venezuela no pide permiso para existir, no negocia su dignidad y no se arrodilla ante nadie. Se levanta, renace y camina de pie.

En un mundo de incertidumbres, la lección que deja esta jornada es clara. La soberanía no se regala ni se impone: se construye con diplomacia, se sostiene con instituciones y se proyecta con el ejemplo. Venezuela ha dado un paso firme en ese camino. Y lo ha hecho con una mujer al frente, con la voz de un pueblo que, como ella dijo, levanta a sus hijos de entre los escombros y extiende su solidaridad a todos los que sufren la guerra. Porque renacer, al final es eso: reconstruirse sin perder la sonrisa, sin olvidar las heridas, pero mirando siempre hacia adelante.

El Renacer en la Asamblea: La Voz de Venezuela ante el Mundo y el Horizonte de la Estabilidad



Por Iván Mc Gregor.

La intervención de la presidenta encargada Delcy Rodríguez en la 81.ª Asamblea General de las Naciones Unidas marca un punto de inflexión indiscutible en la geopolítica reciente. Tras años de tensiones y un 2026 marcado por turbulencias institucionales severas, el discurso pronunciado este 23 de sep-

tiembre en Nueva York no fue un mero trámite diplomático; fue una hoja de ruta estructurada para la pacificación política, la recuperación económica y la defensa de la soberanía nacional.

Para quienes ejercemos el periodismo y analizamos el acontecer nacional, el mensaje emitido desde el podio más importante del

mundo requiere una lectura cuidadosa. La alocución se sostuvo sobre tres pilares fundamentales que se traducen en beneficios directos y tangibles para el pueblo venezolano.

Certeza Electoral y Ruta del Diálogo

El anuncio más contundente del discurso fue la

garantía absoluta de un próximo proceso comicial: *"En Venezuela habrá elecciones"*.

Al asegurar que se están forjando condiciones de igualdad para todas las fuerzas políticas mediante el diálogo, el Estado desarticula las narrativas de aislamiento y neutraliza las "reacciones espasmódicas" de sectores extremistas. Para Venezuela, esto significa:

Estabilidad social: Transformar la elección en una solución y no en un detonante de conflictos irreconciliables permite a los ciudadanos enfocarse en la recuperación de su cotidianidad sin el fantasma de la violencia política.

Relegitimación institucional: Preparar el terreno para un proceso inclusivo y transparente devuelve la confianza tanto al electorado interno como a la comunidad internacional.

Pragmatismo Geopolítico y Soberanía Energética

Uno de los giros más pragmáticos y estratégicos de la jornada fue la confirmación de un nuevo relacionamiento con los Estados Unidos.

El reconocimiento de los diálogos con la administración de Donald Trump y la consolidación de acuerdos en materia energética, de seguridad y minería evidencian una diplomacia de altura.

Oxígeno económico: El rechazo a las medidas coercitivas unilaterales, combinado con la apertura a la inversión extranjera bajo un marco de respeto, garantiza la reactivación de la principal industria nacional. Venezuela retoma su rol vital en la seguridad energética del hemisferio.

Beneficio directo al ciudadano: La estabilización de los ingresos petroleros es el motor necesario para mitigar la pobreza, inyectar recursos a los programas sociales y reconstruir la infraestructura básica del país tras los recientes embates naturales y económicos.

Transformación Democrática y Seguridad Jurídica.

Rodríguez no esquivó los retos internos. Habló de una "transformación democrática" conducida desde las propias instituciones, destacando que la reforma del sistema de

justicia es impostergable. Para las bases sociales y los medios de comunicación que día a día palpan la realidad en las comunidades, esta promesa de renovación es crucial. Brindar seguridad jurídica no es solo una garantía para los inversionistas internacionales; es la promesa de que el ciudadano común no será atropellado por poderes arbitrarios.

Significa construir un Estado verdaderamente al servicio del pueblo, capaz de garantizar los derechos consagrados en la Constitución. Este discurso representa un triunfo de la verdad de Venezuela frente a la hostilidad internacional.

Proyecta a una nación que, lejos de doblegarse, exige su derecho al desarrollo inclusivo, defiende su soberanía territorial (reafirmando los derechos sobre la Guayana Esequiba) y abraza la vanguardia tecnológica como la Inteligencia Artificial para el progreso humano. Es el momento de la reconstrucción del "alma nacional", una tarea donde la comunicación veraz y popular será la herramienta principal para consolidar este nuevo tiempo político.

Delcy Rodríguez: Bolívar siempre nos guía



Por Francisco Ameliach

La presidenta (E) Delcy Rodríguez, en sus palabras pronunciadas el lunes 14 de septiembre de 2026 afirmó: *“sin Bolívar no hay rumbo, Bolívar siempre nos guía, Bolívar siempre tiene una respuesta”*.

Es así como, la presidenta (E) Delcy Rodríguez, ha buscado las claves para afrontar las dificultades del presente, en nuestra historia. Ha utilizado la metodología chavista plasmada en El Libro Azul y ha interpretado perfectamente las palabras de

Bolívar pronunciadas en su celebre Discurso de Angostura, cuando sentenció:

“El principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela”.

En ese mismo discurso Bolívar define su interpretación de la igualdad social, en los siguientes términos:

“La naturaleza hace a los hombres desiguales en el genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia, porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad, propiamente llamada política y social”.

Agregando que: *“El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política”.*

El contenido del discurso de Bolívar situó su pensamiento en lo que hoy clasificaríamos como izquierda republicana: un espacio que buscaba con urgencia la justicia social y la equidad sin renunciar al marco de la legalidad constitucional.

¿Qué significa realmente ser de izquierda o de derecha en el siglo XXI?

Aunque muchos conside-

ran que estos términos son obsoletos, las raíces teóricas y los procesos históricos demuestran que la distinción sigue más viva que nunca.

Para comprenderlo en el contexto del Proyecto Bolivariano, debemos cruzar tres miradas: la precisión conceptual del filósofo italiano Norberto Bobbio, el marco normativo de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, y la interpretación histórica que hizo Hugo Chávez de las palabras de Simón Bolívar, durante su juramentación presidencial del 10 de enero de 2007.

El criterio de Norberto Bobbio: La igualdad como brújula

En su célebre libro *“Izquierda y derecha”* (1994), el politólogo Norberto Bobbio propuso una tesis fundamental: el eje que divide a la izquierda de la derecha política es la postura que cada una adopta frente al concepto de igualdad.

La Izquierda (Igualitarismo): Bobbio argumenta que la izquierda percibe la mayoría de las desigualdades importantes como anomalías estructurales

del sistema. Al ser producto de las estructuras políticas y económicas, la izquierda sostiene que el Estado tiene el deber de minimizarlas para alcanzar una sociedad más equitativa y justa.

La Derecha (No-igualitarismo): Por el contrario, la derecha considera que las desigualdades son naturales e inevitables (derivadas del talento individual, el esfuerzo o el mercado). Desde esta perspectiva, los intentos “forzados” por imponer la igualdad terminan vulnerando la libertad individual.

Bobbio demuestra que el núcleo identitario de la izquierda, es el combate contra la desigualdad social. Un principio que resuena profundamente en la doctrina de Simón Bolívar.

1819: El Discurso de Angostura y “la igualdad establecida y practicada”

Para encontrar el correlato de este concepto en la historia, es obligatorio viajar al 15 de febrero de 1819. Ese día, el Libertador Simón Bolívar pronunció el célebre *Discurso de Angostura*, un manifiesto donde diseñó las bases institucionales y sociales de la naciente República.

Para el Libertador, la soberanía popular y la abolición de los privilegios eran condiciones innegociables. Bolívar entendía que no bastaba con una igualdad jurídica plasmada en papel; se requería una justicia social real, anticipándose por más de un siglo a los debates de la modernidad.

El Artículo 1 de la Constitución: La doctrina de Bolívar como norma jurídica

Esta visión de Bolívar no se quedó en el plano de la retórica. En la Venezuela contemporánea, el Artículo 1 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CRBV) elevó formalmente este ideario al rango de norma suprema y fundacional del Estado:

“La República Bolivariana de Venezuela es irrevocablemente libre e independiente y fundamenta su patrimonio moral y sus valores de libertad, igualdad, justicia y paz internacional en la doctrina de Simón Bolívar, el Libertador”.

Este artículo encierra una profunda reflexión política y jurídica. Al establecer que valo-

res universales como la igualdad y la justicia se rigen específicamente por la doctrina de Simón Bolívar, el texto constitucional rompe con la tradición del constitucionalismo liberal clásico, que suele conformarse con la igualdad meramente formal o ante la ley.

La Constitución venezolana abraza la tesis bolivariana de Angostura: la igualdad debe ser “practicada”. Jurídicamente, esto significa que el Estado no puede ser un actor pasivo, sino que está constitucionalmente obligado a intervenir activamente para desmontar las estructuras que generan exclusión y desequilibrio social, blindando el igualitarismo como un mandato legal supremo.

2007: La reinterpretación de Hugo Chávez y el camino al socialismo

El 10 de enero de 2007, durante su acto de juramentación para un nuevo período presidencial ante la Asamblea Nacional, Hugo Chávez rescató y reinterpretó formalmente las palabras de Bolívar en Angostura bajo el amparo de este marco constitucional.

En su discurso, Chávez utilizó el pensamiento bolivariano como el puente perfecto hacia el concepto de izquierda que teorizaba Bobbio: la búsqueda de la igualdad sustantiva.

Chávez argumentó que el proyecto esbozado por Bolívar en 1819 no era una propuesta liberal moderada, sino el plano de una república radical basada en la justicia social y el bienestar del pueblo.

Bajo esta lectura, entrelazó el igualitarismo de izquierda con la doctrina constitucional originaria: para cumplir con el Artículo 1 y hacer “establecida y practicada” la igualdad planteada en Angostura, el sistema socioeconómico debía transitar hacia la justicia social.

La igualdad practicada

Según fuentes documentadas Venezuela alcanzó el salario más alto de Latinoamérica en 2012 (476 \$\$ de salario mínimo más 222 \$\$ de beneficio alimentario = 698 \$\$). Dos años después, las bases de datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), mostraban a Venezuela en el año 2014 como el país con mayor

igualdad social en Latinoamérica, medido a través del Coeficiente de Gini.

Sin embargo, este modelo de bienestar social se convirtió en el objetivo de una prolongada agresión asimétrica y una guerra híbrida multidimensional.

La crisis actual no comenzó de la noche a la mañana; fue un proceso de asfixia meticulosamente diseñado. El punto de partida formal se remonta a 2015, cuando el gobierno de Estados Unidos declara a Venezuela como una “amenaza inusual y extraordinaria” abriendo las compuertas para un asedio multidimensional sin precedentes.

La persecución comercial y las sanciones produjeron una caída superior al 98% de los ingresos en divisas. Venezuela pasó de percibir 39.636 millones de dólares en divisas en el año 2014 a tan solo 743 millones de dólares en 2020.

Paralelamente al colapso material, el país se convirtió en el laboratorio de una intensa guerra cognitiva. Medios masivos y redes sociales fueron y

son utilizados para tratar de quebrar la resistencia psicológica de la población, romper la unidad nacional, sembrar el caos informativo e intentar inducir una guerra civil fratricida.

El acuerdo petrolero con Estados Unidos.

La presidenta (E) de Venezuela, Delcy Rodríguez, fundamenta estratégicamente el reciente acuerdo petrolero con Estados Unidos como un mecanismo indispensable para captar mayores ingresos y destinarlos a bienestar social, justicia social y a la búsqueda de una igualdad real.

Es una realidad inobjetable que “no se hace nada teniendo las mayores reservas de crudo del mundo si no se extraen para atender las necesidades del pueblo», estas reservas deben convertirse en una herramienta distributiva.

Los ingresos proyectados bajo este esquema mixto son la clave económica para financiar la salud, la educación, la infraestructura pública y corregir las profundas asimetrías sociales acumuladas en los últimos años de blo-

queo económico. Se está poniendo en práctica el principio fundamental del sistema bolivariano, que “depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada”

Una misma lucha en épocas distintas

Cuando contrastamos las ideas, las líneas se cruzan con claridad. Lo que Norberto Bobbio define desde la academia europea como el motor de la izquierda —la intervención colectiva para mitigar las desigualdades— es exactamente lo que Simón Bolívar exigió a los legisladores de 1819, lo que la Constitución de Venezuela consagró en su Artículo 1 como valor supremo, lo que Hugo Chávez colocó como la meta ideológica de su administración en el siglo XXI y lo que Delcy Rodríguez hace en una negociación asimétrica dentro de un esquema de guerra híbrida ejecutada por Estados Unidos.

La igualdad, por lo tanto, no es un concepto abstracto ni estático. Es el mandato histórico y legal que sigue definiendo el proyecto de la Revolución Bolivariana.

VENEZUELA RENACE EN LA ONU



Lea el discurso de la presidenta Delcy Rodríguez en la ONU



Nueva York, 23 de septiembre de 2026

Secretario General Antonio Guterres

Sr. Presidente de la 81 Asamblea General ONU

Distinguidos jefes de estado, jefes de gobierno y de delegaciones

He estado en este estrado en diferentes momentos de mi vida como funcionaria. Primero como Canciller, luego como Vicepresidenta Ejecutiva y ahora como Presidenta encargada de la República Bolivariana de Venezuela.

En todos esos momentos han sido motivo de reflexión los grandes temas, aspiraciones y preocupaciones de la humanidad: la paz, el desarrollo, la igualdad, la crisis climática, el libre comercio, la seguridad energética; y más recientemente, la Inteligencia Artificial.

Sobre estos desafíos Venezuela ha mantenido y mantiene líneas muy claras:

1 . Su apego a la paz y el rechazo a la violencia, el entendimiento y el diálogo sobre el conflicto. Creemos firmemente en el poder del entendimiento y el diálogo.

Venezuela, que hoy sabe lo que es levantar a sus hijos de entre los escombros, extiende su solidaridad más profunda a todos los pueblos que sufren la guerra, y reafirma, sin ambigüedades, que la paz —una paz justa, duradera, con dignidad para todas las partes— no es una aspiración ingenua, sino la única salida verdaderamente humana.



2 . El desarrollo inclusivo con justicia social para mitigar la pobreza y aliviar el sufrimiento de cientos de millones de personas concentradas principalmente en el sur global. Sabemos que las sanciones socavan las libertades económicas, financieras y retardan el desarrollo humano.

3 . Creemos en el respeto a los derechos de la naturaleza como única vía de consagración de la vida humana.

4 . De igual forma, el fracaso institucional del comercio global es evidente porque ninguna Nación puede prosperar bajo esquemas supranacionales que no promuevan la industria nacional y premien la deslocalización;

5 . Por otro lado, la estabilidad internacional exige resolver el trilema energético: garantizar simultáneamente la seguridad del suministro, precios asequibles para el desarrollo y sostenibilidad ambiental. Promover cronogramas de descarbonización forzados es una amenaza directa a la seguridad alimentaria, el empleo, la producción. Debemos evitar colapsos industriales, quiebres productivos y costos energéticos insoportables.

La seguridad energética se hace imprescindible para el sostenimiento de la economía internacional y el desarrollo. Sin duda alguna Venezuela juega y jugará un papel muy importante en esta fórmula internacional. Resalto el recién acuerdo binacional EEUU-Venezuela como uno de los más grandes jamás suscrito y que contribuirá al equilibrio energético del hemisferio.



6. Mención aparte, la Inteligencia Artificial, que supone una verdadera revolución tecnológica. Estamos en presencia de un hito de transformación de la humanidad, que bien empleada significará un desarrollo sin precedentes en la salud, ambiente, los procesos productivos y la vida en general. Los gobiernos, el sector tecnológico, la comunidad científica tienen la inmensa responsabilidad de no desviar el propósito constructivo y vital de la IA para beneficio de los ciudadanos, así como de no profundizar la brecha y la desigualdad digital en el mundo.

7. No puedo dejar de mencionar en este espacio, sede de la legalidad internacional, nuestra reafirmación de los históricos derechos de Venezuela sobre la Guayana Esequiba, y el llamado a la República Cooperativa de Guyana a volver a las negociaciones tal como lo ordena el Acuerdo de Ginebra. Los acuerdos que más perduran son los que provienen de negociaciones bilaterales por encima de organismos externos.

Para quienes se preguntan de qué lado esta Venezuela, allí están nuestras líneas y referentes. Nuestro bando es el de los ciudadanos del mundo que procuran su felicidad, su desarrollo y su libertad.

Mucho se dice sobre Venezuela. Muchos opinan sobre Venezuela. Algunos intentan interferir en los asuntos de Venezuela.

Vengo a hablarles de una Venezuela cuya vida nacional, ha estado afectada por una crisis de convivencia política que perturbó la vida nacional y nuestra interacción con el mundo. Se impusieron intereses ajenos al bien común de los venezolanos.

En 2026, Venezuela ha vivido dos grandes y dolorosas pruebas en su vida como nación: una derivada del estrangulamiento de la política interna y la confrontación agudizada con los Estados Unidos de América. Otra, proveniente de la fiereza de la naturaleza: el doble terremoto del 24 de junio.

A pesar de estos “golpes de la vida tan fuertes” como diría el poeta César Vallejo, para los venezolanos y venezolanas hoy “Venezuela renace”.



Venezuela Renace resume la actitud que nuestro pueblo ha asumido frente a estos dos acontecimientos.

La transformación de una relación política fundamentada en el diálogo, la negociación y la diplomacia.

Por eso hoy, Venezuela aspira con Estados Unidos, con sus vecinos, con todos los países de nuestro continente y con la comunidad internacional reconstruir y sostener relaciones de respeto e igualdad.

Quiero en esta 81 Asamblea General de la ONU, agradecer al Presidente Donald Trump y a su gobierno por su disposición a retomar el camino de las relaciones diplomáticas y de cooperación con Venezuela. La última vez que dos presidentes de Venezuela y los EEUU se reunieron fue en el año 2009.

Hoy trabajamos seriamente para dirimir a través del diálogo las diferencias existentes y, abonar los caminos para el relacionamiento energético, la promoción de seguridad, la lucha contra el crimen

transnacional y la cooperación económica en beneficio de ambos pueblos y de nuestro continente.

Por otro lado, la reconstrucción material, moral y espiritual de nuestra patria azotada por una devastadora tragedia natural. Quiero agradecer a todos los países de América, Europa, Asia, África, Medio Oriente, así como a todo el sistema de las Naciones Unidas que brindaron su solidaridad y apoyo al pueblo venezolano durante las horas más oscuras causadas por el doble terremoto. En Venezuela sentimos el verdadero espíritu que inspiró la creación de esta organización.

Hay momentos en la historia de los pueblos en que la tragedia, paradójicamente, se convierte en el punto de quiebre hacia algo nuevo. No porque el dolor sea deseable, sino porque nos obliga a mirar de frente lo esencial y a dejar atrás lo que ya no nos sirve. Venezuela vive hoy uno de esos momentos.

Vengo a esta Asamblea como una hija más de Venezuela a presentar las aspiraciones de un país que busca construir su propio destino luego de conflictos políticos que cerraron sus espacios para que las distintas corrientes encontraran un lugar para dirimir sus diferencias y en medio de un duro bloqueo económico que dio al traste con el modelo de desarrollo de inclusión e igualdad.

Durante demasiado tiempo fuimos un país dividido entre trincheras, donde el color de una bandera partidista pesaba más que el apellido común que todos compartimos: venezolanos.

Esa etapa debe cerrarse, para iniciar un nuevo tiempo político basado en la verdad, la justicia y la capacidad de mirar hacia adelante juntos, y encontrar en el diálogo político respetuoso un espacio genuino para dirimir las diferencias que como venezolanos tenemos. Buscando siempre un horizonte a favor del país.

Me complace anunciar que Venezuela ha iniciado un proceso de transformación democrática para su Renacer. Un proceso ordenado, institucional y verificable, para construir un país más libre para todos, más próspero y más reconciliado consigo mismo.



Un proceso de cambio político, económico y espiritual de reformas estructurales para el Renacer de Venezuela. Para el renacer de nuestra nación. Para el renacer de nuestro pueblo.

Se trata de construir un país donde nadie tenga que ganar desconociendo al otro, porque todos —, especialmente los jóvenes que apenas empiezan su socialización política—somos Venezuela.

Tenemos que aspirar a una Venezuela cuya clase política esté íntimamente comprometida con los intereses nacionales por encima de cualquier cosa, y no esté secuestrada por algoritmos mediáticos.

Conozco muy bien a Venezuela, agradezco a Dios la oportunidad que me ha brindado para conocer los espacios institucionales en distintos sectores de la vida pública. Se donde están las puertas que se deben abrir para la transfor-

mación profunda de Venezuela, y para la edificación de las nuevas bases para una economía al servicio del desarrollo nacional, de una justicia cabal para todos sin distinción de clase social o política, y de consolidar un sistema de justicia e igualdad social como lo concibió nuestro padre libertador Simón Bolívar en Angostura.

Quiero que de los escombros de la división levantemos los cimientos de una República nueva, plural, profundamente espiritual y en paz consigo misma. Pero también en paz con un mundo lamentablemente cada día más polarizado.

La historia nos ha enseñado que algunas de las transiciones democráticas más sólidas del mundo contemporáneo no nacieron de la ruptura, sino de la transformación conducida con firmeza desde las propias instituciones.

Esa es la inspiración. No la reproducción de una historia ajena, sino el aprendizaje de una idea universal: **la legalidad puede ser el camino hacia una legalidad mejor.**

Una nación no renace solamente reconstruyendo edificios. Renace cuando reconstruye la confianza en sus instituciones. Por eso quiero anunciar y reafirmar, con precisión, ante ustedes los pilares de este proceso:

Una nación no renace solamente reconstruyendo edificios. Renace cuando reconstruye la confianza en sus instituciones. Por eso quiero anunciar y reafirmar, con precisión, ante ustedes los pilares de este proceso:

Primero, una reforma jurídica ordenada. Venezuela ha emprendido un proceso de revisión institucional para fortalecer el funcionamiento del Estado y pueda brindar la seguridad jurídica, que no solo los inversionistas necesitan, sino también nuestros ciudadanos, que no se sientan atropellados por un poder arbitrario sino que esté a su servicio.

Segundo, la apertura política plena. Venezuela garantizará condiciones reales de participación para todas las fuerzas políticas del país. La democracia no se mide por la existencia de elecciones, sino por la calidad de la competencia que las precede. Una elección debe convertirse en una solución, no en un generador de conflictos irreconciliables.



Quiero decirlo muy claro. En Venezuela habrá elecciones.

Ya hemos iniciado un diálogo político con sectores de la oposición que conduzca a un proceso en igualdad de condiciones para todos. **El pueblo venezolano con su sabiduría ancestral determinará el momento correcto, y sus instituciones** estarán preparadas para garantizar ese proceso inclusivo y transparente.

Un país que no esté sometido a restricciones económicas de ningún tipo para que se garantice su derecho al desarrollo.

El resto y las reacciones espasmódicas de adentro y de afuera forman parte del espectáculo que ya no quieren ver los venezolanos.

Venezuela debe abandonar el camino que permitió que el extremismo y la intolerancia se impusieran sobre la convivencia democrática y pacífica.

Y allí pido el acompañamiento internacional, para que respalden de buena voluntad los cambios que Venezuela necesita, desde el respeto a la autodeterminación de mi pueblo. Venezuela quiere respirar libre, ejercer sus derechos como Nación soberana, sin ningún tipo de intromisión. Venezuela quiere y debe ser respetada.

Vengo a asumir, hacia adelante, una responsabilidad histórica: la de conducir a Venezuela desde una etapa de incertidumbre y conflicto hacia una etapa de democracia plena, reconocida por su propio pueblo y por el mundo. Una nueva etapa de bienestar para el renacer de Venezuela.

A mi pueblo le digo: este no es el final de un discurso, es el comienzo de un compromiso. A la comunidad internacional le digo: Venezuela está lista para caminar de la mano de quienes crean en el relacionamiento internacional respetuoso, sin intromisiones ni prejuizgamientos.

A los jóvenes, que han crecido viendo un país fracturado y que muchas veces decidieron partir buscando lo que aquí no encontraban: les digo que vale la pena creer de nuevo. Este es el momento de construir el país al que muchos quieren regresar, y no solamente aquel del que muchos quisieron huir.

Y a cada venezolano que hoy, en medio de la pérdida material o humana que dejó el terremoto, se pregunta si vale la pena seguir de pie: les respondo que sí. Que la fuerza de este pueblo no se mide en los momentos fáciles, sino precisamente en los momentos como éste. Que de cada catástrofe que hemos vivido como nación, siempre hemos salido más unidos de lo que estábamos antes de que ocurriera.

Venezolanos: No les prometo un camino fácil. La recuperación del país tomará un tiempo; la reconstrucción del alma nacional será nuestra prioridad. Caminaremos unidos como una sola nación que decidió, después del dolor, elegir la esperanza.

Que este momento político y geopolítico quede en la historia como el día en que decidimos levantarnos, todos juntos, para construir el renacer de la República.



El 16 de diciembre se cumplirán 200 años del llamado angustiado del Libertador Simón Bolívar al pueblo de Venezuela para salvarlo de la disolución, la división y la guerra civil. Dijo: "Venezolanos!.. Seréis consultados para que digáis cuándo, dónde y en qué términos queréis celebrar la Gran Convención Nacional. Allí el pueblo ejercerá libremente su omnipotencia, allí decretará sus leyes fundamentales. Tan sólo él conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso, ni un partido, ni una fracción. Nadie sino el pueblo es soberano".

Ni un poderoso. Ni un partido, ni una facción : todos juntos arrimemos nuestro esfuerzo para el renacimiento de la Patria próspera que merecen nuestras hijas y nuestros hijos

Que Dios bendiga a Venezuela, y que la unión de su pueblo sea, de ahora en adelante, nuestra bandera más grande. Vamos juntos a construir el renacimiento de Venezuela.

Muchas gracias.

Venezuela en la ONU: La victoria de una mujer venezolana sobre el extremismo



De Bolívar a Delcy: doscientos años disputando el derecho a ser tratados como iguales

Por Wolfgang Risales Pacheco.

Toda imagen política es, antes que nada, una disputa por el significado. Delcy Rodríguez Arriba a la Nueva York con una bufanda roja y una chaqueta con la figura de Mafalda, esa imagen se suma a una imagen que los aparatos hegemónicos de comunicación global se resisten a leer en su verdadera dimensión, porque desmonta el relato que llevan meses construyendo so-

bre Venezuela.

Es una mujer que llega al concierto de las naciones con la frente en alto y caminando erguida como lo hacen las venezolanas que día a día construyen este país, cuando la anunciaron para dar su derecho de palabra al verla grite, Ahí está: era ella, la presidenta de la República Bolivariana de Venezuela, de pie en el podio de la ONU —ese púlpito laico del orden internacional, diseñado

hace ochenta años a la medida de las potencias que lo fundaron—, hablándole al mundo de nuestro país y sobre los objetivos que perseguimos como nación.

Ocho meses después de la operación militar que secuestró a nuestro presidente en Caracas y lo trasladó a Brooklyn. Ocho meses después de asumir —siendo mujer, en el cargo más hostigado del hemisferio— una responsabilidad que po-

cos liderazgos políticos se atreverían a sostener bajo fuego cruzado que ha vivido y vive Venezuela. Tres meses después de los terremotos que sacudieron al país en junio.

Es Delcy Rodríguez quien habla. Y aquí conviene detenerse y ver en perspectiva el hecho político y de significado, porque la comunicación política no se agota en lo que se dice: se juega también en la escenografía. Delcy entró en el mero centro de la vieja práctica imperial de discursos vacíos y desprecios silenciosos, la misma que durante años intentó mostrar a Venezuela como un país sin voz legítima.

Y sin embargo, ahí estaba ella, hablando con la mirada de quien asume el compromiso de guiar un país con esperanza a un futuro mejor, porque en comunicación política una frente en alto y una mirada altiva le dice a quien controla el relato que estamos también peleando esta batalla.

Quien habló no fue ninguno de los liderazgos de extrema derecha que durante años trabajaron activamente, y desde tribunas mucho más po-

bladas, por el bloqueo, el aislamiento y la intervención de su propio país. Es Delcy Rodríguez quien, el 23 de septiembre de 2026, ante la 81ª Asamblea General de las Naciones Unidas, produjo un enunciado que incomoda precisamente porque rompe el libreto que el sentido común dominante había escrito de antemano para Venezuela: "Quiero en esta 81.ª Asamblea General de la ONU agradecer al presidente Donald Trump y a su Gobierno por su disposición a retomar el camino de las relaciones diplomáticas y de cooperación con Venezuela".

Si denunciar al adversario requiere gallardía, sentarse a negociar con él, poner a un lado las diferencias y buscar el entendimiento necesita un grado de madurez política que escasea en los tiempos que transcurren en el mundo. Aquí es donde cualquier analista comprometido con la lectura crítica del poder debe detenerse, porque en esa frase cae la trampa discursiva en la que históricamente ha querido encerrarnos la derecha continental: la ecuación falsa según la cual dignidad equivale a rup-

tura, y diálogo equivale a capitulación.

Es el mismo binarismo que la guerra mediática global aplica sistemáticamente a los procesos populares: o el líder grita y es "dictador aislado", o dialoga y es "traidor blando". No hay tercera casilla en ese guión, porque el guión está escrito para que cualquier proceso revolucionario pierda siempre.

Delcy Rodríguez, al agradecer sin arrodillarse, se sale del casillero del radicalismo insensato. Agradecer la disposición diplomática y el apoyo durante el terremoto no es un acto de sumisión: es un acto de apropiación del código diplomático, el mismo código que durante veinticinco años usaron otros para condicionar, sancionar y bloquear. Y sin embargo, en el mismo discurso, estaba también la línea de contención, dicha sin estridencia pero sin ambigüedad: "Mucho se dice sobre Venezuela, muchos opinan sobre Venezuela, algunos intentan interferir en los asuntos de Venezuela". Venezuela produce su propio discurso sobre sí misma, y deja de ser el objeto enunciado por otros para convertirse

en sujeto de enunciación. Eso, en el fondo, es la diplomacia bolivariana de paz: la disputa por el derecho a nombrarse, en un sistema internacional que durante décadas reservó ese derecho a los centros de poder.

LA IGUALDAD CON LAS POTENCIAS ES HOY CATEGORÍA EN DISPUTA

Delcy Rodríguez fue precisa sobre el tipo de vínculo que Venezuela aspira a construir con Washington, y no es el de una relación tutelada. "Venezuela aspira con Estados Unidos, con sus vecinos, con todos los países de nuestro continente y de la comunidad internacional reconstruir y sostener relaciones de cooperación, respeto e igualdad", afirmó ante el pleno.

Cooperación, sí, pero atravesada por dos categorías que la comunicación hegemónica suele vaciar de contenido cuando se aplican al Sur global: respeto e igualdad. Palabras que, repetidas mil veces por Washington hacia sus pares del norte, jamás generaron sospecha; pronunciadas por un país del Sur, son

inmediatamente sometidas a la pregunta retórica de la prensa corporativa: "¿pero lo dice en serio?". Esa asimetría en la credibilidad concedida a cada enunciador es, precisamente, el terreno donde se libra la batalla cultural.

Esa exigencia de horizontalidad no es nueva. Bolívar ya la formulaba en el siglo 18, al advertir sobre unos Estados Unidos que parecían destinados por la Providencia a plagar de miserias a nuestra América en nombre de la libertad —una alegoría que funciona, todavía hoy, como matriz de sentido para leer cada intervención, cada sanción, cada "preocupación por la democracia" enunciada desde el norte con el micrófono en una mano y la Doctrina Monroe en la otra—. Casi dos siglos después, la tensión sigue siendo la misma: la soberanía no se construye gritando desde la periferia del sistema-mundo, se construye disputando, mesa por mesa, titular por titular, el derecho a ser tratado como interlocutor y no como objeto de intervención.

La defensa de la paz es la primera trinchera de la soberanía de los pueblos.

Todo lo demás —la consigna sin anclaje material, la épica de micrófono que no construye institucionalidad ni protege a un solo trabajador— es cháchara ingenua, funcional, en última instancia, al relato que necesita a Venezuela aislada, muda y sin interlocución.

UNA BIOGRAFÍA DE QUIEN FUE VÍCTIMA DE LA VIOLENCIA DE UN ESTADO DE DERECHA

Hay una legitimidad en Delcy Rodríguez que no proviene del cargo, sino de una memoria histórica que recorre medio siglo de violencia política venezolana. Su padre, Jorge Rodríguez, murió en 1976 bajo tortura en los sótanos de la extinta DISIP, aparato represivo de un Estado que la historiografía oficial de la derecha prefiere editar cuando discursa sobre derechos humanos.

Ella tenía siete años. Medio siglo más tarde, al anunciar una amnistía general que incluyó a sectores políticamente opuestos a los suyos, lo dijo en estos términos: "Vengo a esta Cámara como presidenta, pero también como abogada.

Mi padre estuvo preso y murió fruto de tortura. Creo en la Constitución. En la soberanía nacional. En la justicia al pueblo venezolano".

No es una frase decorativa, es un dispositivo narrativo que convierte el cuerpo torturado de su padre en fundamento simbólico de la ley, y no de la venganza. Ese giro es exactamente lo contrario del guion que la comunicación política de la extrema derecha necesita instalar sobre el chavismo: el del resentimiento como motor único y no el de la lucha por una Venezuela mejor.

Delcy Rodríguez, al ofrecer amnistía desde ese lugar de dolor, desactiva esa narrativa y se erige, en su lugar, como una mujer de Estado que subordina la herida propia al proyecto colectivo. Ayer, en la ONU, esa misma sabiduría fue puesta en escena, ante cámaras que la transmitían a un planeta acostumbrado a leer a Venezuela solo en clave de conflicto.

DOSCIENTOS AÑOS DE DISPUTA POR LA SOBERANÍA NARRATIVA

Desde que Bolívar desconfió de la potencia emergente del norte y advirtió lo que más tarde se codificaría como Doctrina Monroe, Venezuela libra una batalla —material y también discursiva, de cañones y de titulares— por hacerse reconocer como sujeto y no como zona de influencia. Hemos atravesado bloqueos, sanciones, campañas mediáticas de deslegitimación y, este mismo año, una operación militar que terminó con la captura de un presidente. De ese recorrido se desprenden algunas certezas que conviene fijar como matriz de lectura:

Esa lucha tuvo avances y retrocesos, pero el país volvió siempre a la ruta de la diplomacia bolivariana de paz como método superior frente al ruido de la confrontación permanente, ese ruido que tanto rédito mediático da y tan poca soberanía real construye.

La unidad interna, sostenida frente a la presión de bloqueos y ataques, fue lo que finalmente permitió negociar de jefatura de Estado a jefatura de Estado, y no en condición de subordinación.

Falta mucho por hacer, el bloqueo y las sanciones no beneficiaron a nadie: privaron a ambos países de la vía diplomática y de la discusión civilizada, y ese es un dato que la comunicación contrahegemónica debe insistir en instalar frente al relato que presenta las sanciones como gesto sin costo, como si el poder pudiera ejercerse sin víctimas de por medio.

Hoy Venezuela mira hacia adentro, hacia el bienestar material de cada venezolano y venezolana, dentro y fuera del país, y por eso avanza en discutir con quien haya que discutir para reconstruir su posición en el sistema internacional. Vamos, con esa hoja de ruta, hacia el renacer de una patria que aspira a desarrollarse libre de bloqueos y de sanciones.

EL REFERENTE CHAVISTA: RELACIÓN DE IGUALES, NUNCA DE SÚBDITOS

Esta búsqueda de horizontalidad con Washington no es una improvisación coyuntural, es genealogía propia de nuestro movimiento. Tiene su origen directo en Hugo Chávez, quien —

más allá de la retórica de alto voltaje que caracterizó buena parte de nuestro discurso público, funcional en su momento a otra correlación de fuerzas y a otra batalla cultural— insistió sistemáticamente en que su conflicto no era con el pueblo estadounidense sino con la lógica imperial que buscaba su-bordinarlo también a él.

En una entrevista concedida a CNN, fue explícito al respecto: "Yo quiero ser amigo de Obama, pero primero tienen que respetarnos como país soberano... Nosotros lo que exigimos es respeto". Llegó a decir, incluso, que de haber sido estadounidense habría votado por él: una provocación semiótica calculada, diseñada para desmontar en un segundo la imagen del "antiestadounidense visceral" que la prensa hegemónica llevaba años fabricando.

Una noche de septiembre de 2009, luego de hablar ante la Asamblea General —el mismo escenario, el mismo podio, la misma cámara que ocupó Rodríguez este año, en una suerte de eco escenográfico entre dos momentos históricos distintos de la Revolución—, Chávez se

sentó con Larry King en CNN para abordar, entre otros temas, las acusaciones de que la administración de George W. Bush había participado en el intento de golpe y magnicidio de 2002.

Con Bush jamás negoció: fue el propio Chávez quien sostuvo, con documentación y denuncia pública, que ese gobierno había conspirado contra su vida y contra la institucionalidad venezolana.

Con Bill Clinton, en cambio, llegó a reconocer que existió un período en que era posible "dialogar de temas importantes", y aspiraba a recuperar ese nivel de relación. Y con Barack Obama se reunió cara a cara en la Cumbre de las Américas de 2009, en un apretón de manos que circuló por el mundo entero convertido en imagen-síntesis, en icono que decía más que cualquier comunicado de prensa: dos presidentes, uno frente al otro, sin jerarquía visual entre ambos.

Esa misma gramática de igualdad —el cuerpo a cuerpo, sin atril de por medio— es la que con Delcy se volvió a poner en juego ahora, desde

el mismo podio, con otro vocabulario y otra coyuntura, pero con idéntica tesis de fondo: negociar no es rendirse, es la forma más elevada de disputar el sentido de lo propio frente al relato que otros quieren imponer.

LA DIPLOMACIA COMO PRAXIS, NO COMO DEBILIDAD

Ahí queda, entonces, trazado el hilo que une a Bolívar, a Chávez, a Maduro y a Rodríguez: la convicción de que Venezuela no necesita gritar para hacerse respetar, necesita sentarse a disputar, palabra por palabra, imagen por imagen, el relato que el poder global construye sobre ella y el relacionamiento que planteamos que queremos con el mundo.

Eso fue lo que Delcy Rodríguez nombró ayer, sin ambigüedades, frente a un hemicíclo histórico y un planeta que miraba por streaming Diplomacia Bolivariana de Paz que agradece sin arrodillarse, que negocia sin traicionar el proyecto histórico, que sepulta el odio, el extremismo y que permite avanzar hacia el renacimiento de Venezuela.

El arte del diálogo: la cumbre que reconfigura la diplomacia entre Venezuela y Estados Unidos



Por Cuatro F.

En el complejo tablero de la geopolítica latinoamericana, pocas relaciones han transitado caminos tan abruptos como la venezolano-estadounidense. Después de años de confrontación directa, sanciones asfixiantes y una operación militar en enero de 2026, el encuentro de este martes entre la presidenta de Venezuela, Delcy Rodríguez, y el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, constituye

una demostración de que la diplomacia, incluso entre adversarios históricos, sigue siendo el instrumento más sofisticado para gestionar las diferencias. No estamos ante un simple acto protocolar: estamos ante el arte del diálogo en su expresión más depurada.

El contexto: de la confrontación a la cooperación estratégica

La reunión, celebrada a puerta cerrada en el hotel

Lotte New York Palace durante una recepción ofrecida por Trump a líderes extranjeros en el marco de la 81.^a Asamblea General de la ONU, marca un hito que no puede ser ignorado. Es el primer encuentro presencial entre un presidente estadounidense y un gobernante venezolano en más de once años, desde la breve reunión entre Barack Obama y Nicolás Maduro en la Cumbre de las Américas de 2015.

Ambos gobiernos han estrechado su cooperación en distintos ámbitos, especialmente en el sector petrolero. El acuerdo firmado en agosto de 2026. Es en este marco donde el diálogo se convierte en el vehículo imprescindible para gestionar una relación que, hasta hace muy poco, parecía condenada al enfrentamiento perpetuo.

La altura diplomática de este encuentro se manifiesta en varios elementos. En primer lugar, en su sobriedad: a diferencia de otras reuniones bilaterales que Trump mantuvo en Nueva York, como la que sostuvo con el presidente ucraniano Volodímir Zelenski, esta se celebró a puerta cerrada y sin acceso de la prensa. Esta discreción no le resta mérito; al contrario, le otorga una seriedad que subraya el propósito: sentar las bases de una relación bilateral que exige, por su propia naturaleza, un manejo cuidadoso y alejado de los reflectores.

En segundo lugar, la composición de las delegaciones revela la importancia que ambas partes conceden al encuentro. Por el lado estadounidense participaron el secretario

de Estado, Marco Rubio; el secretario del Tesoro, Scott Bessent; la jefa de gabinete de la Casa Blanca, Susie Wiles, y el subjefe de gabinete, Stephen Miller. No se trató de una conversación protocolar, sino de una reunión de trabajo en la que se abordaron asuntos de la más alta prioridad estratégica.

Y, en tercer lugar, los resultados expresados por la propia presidenta Rodríguez confirman que el diálogo produjo acuerdos concretos. En un mensaje difundido en su cuenta oficial de X, Rodríguez calificó el encuentro como "histórico" y señaló que "conversaron sobre el fortalecimiento de la relación bilateral entre nuestros países y el avance de una agenda de cooperación en áreas estratégicas como energía, minería, seguridad y otros asuntos de interés común". Añadió, además, una frase que resume el espíritu que debe animar toda política exterior madura: "Venezuela y Estados Unidos comparten una relación histórica que, en esta nueva etapa, estamos llamados a encauzar a través del diálogo".

El arte del diálogo: gestionar las diferencias

El encuentro entre Delcy Rodríguez y Donald Trump debe leerse como un ejercicio del arte del diálogo, entendido no como la eliminación de las diferencias, sino como su gestión inteligente.

La historia de las relaciones internacionales está llena de giros inesperados; este podría ser el comienzo de uno de ellos. La altura diplomática demostrada en Nueva York es, en sí misma, un logro que merece ser reconocido y, sobre todo, cultivado. En un escenario regional marcado por la polarización, este encuentro constituye una señal inequívoca de que el diálogo, incluso entre adversarios históricos, puede abrir caminos insospechados.

El encuentro entre Delcy Rodríguez y Donald Trump no resuelve de un plumazo los contenciosos históricos ni las visiones divergentes sobre el futuro de Venezuela. Pero precisamente por eso, su valor es aún mayor: demuestra que la diplomacia, cuando se ejerce con altura de miras, sigue siendo la herramienta más poderosa para construir puentes donde antes solo había muros.

El imperio retrocede ante China: fracaso del chantaje arancelario abre paso a la nueva arquitectura multipolar



Por Wolfgang Risales Pacheco.

El recibimiento de Estado brindado en Washington al presidente de la República Popular China, Xi Jinping, por parte de su homólogo estadounidense Donald Trump — un acontecimiento que no ocurría formalmente en la capital norteamericana desde hace 11 años— sella una tregua arancelaria táctica que

trasciende el intercambio bilateral. Este encuentro confirma de manera categórica que la hegemonía unipolar estadounidense ha tocado un techo histórico y que la Casa Blanca se ve obligada a sentarse en igualdad de condiciones ante la principal potencia productiva del planeta. Lejos de representar un retroceso para los pueblos del Sur, este compás de espera consolida el equilibrio

de fuerzas global y desmonta la pretensión de Washington de subordinar el comercio internacional a medidas coercitivas unilaterales.

Este repliegue táctico no constituye un pacto de reparto hegemónico, sino la constatación de que la coacción económica estadounidense fracasó en su intento de aislar a Beijing. Para América Latina y el Caribe, la distensión

forzada entre ambas potencias no debilita las alianzas estratégicas del bloque emergente; por el contrario, acelera la consolidación de un sistema multipolar donde la soberanía material, la diversificación de mercados y la cooperación Sur-Sur quedan blindadas frente a las presiones imperiales.

El elemento de mayor peso en este nuevo escenario radica en la ratificación del principio de coexistencia y equilibrio de poderes. Como reseñan desde el medio de comunicación RT, la diplomacia china dejó en claro en Washington que el mundo no admite tutelajes coloniales ni caerá en la llamada «trampa de Tucídides». Al verse forzada la administración estadounidense a extender la tregua arancelaria hasta comienzos de año para frenar su propia crisis inflacionaria y de suministro, queda expuesta la interdependencia material que maniatada las amenazas de la Casa Blanca. Esta pérdida de efectividad de las sanciones comerciales beneficia directamente a la región latinoamericana, ya que limita el margen de maniobra de

Washington para aplicar represalias secundarias a los países que mantienen vínculos estratégicos con el gigante asiático.

El diálogo entre las dos potencias válida la inserción definitiva de China en América Latina a través de la Iniciativa de la Franja y la Ruta. Los recursos estratégicos de la región —petróleo, gas, litio, tierras raras y producción agroalimentaria— ya no están bajo el monopolio del monroísmo. Con una potencia asiática que prioriza esquemas de inversión productiva de beneficio mutuo (win-win) sin condicionamientos ideológicos ni exigencias de ajuste fiscal, los Estados latinoamericanos cuentan con un contrapeso real para negociar sus términos de intercambio, defender sus recursos naturales y avanzar hacia la industrialización soberana.

Finalmente, este acercamiento bilateral acelera los procesos de desdolarización y creación de circuitos financieros independientes. La certeza de que las políticas arancelarias y las sanciones son utilizadas por

Washington como armas políticas ha empujado a las economías emergentes a crear sistemas de pago alternativos. El propio saldo del encuentro en Washington demuestra que, mientras el Norte global busca cómo administrar sus contradicciones internas, el Sur avanza en la construcción de una arquitectura financiera propia, capaz de comerciar materias primas y bienes manufacturados sin pasar por la ventanilla del Tesoro estadounidense.

La cumbre Washington–Beijing demuestra, en definitiva, que el curso hacia la pluripolaridad es irreversible: el imperialismo ya no tiene la fuerza material para imponer su voluntad de manera unilateral ni para dictar con quién se relaciona el continente. Para la América Latina la tarea inmediata no es contemplar pasivamente el pacto entre gigantes, sino profundizar la integración regional, blindar el manejo nacional de los recursos estratégicos y afianzar la alianza con las potencias emergentes para consolidar, de manera definitiva, la independencia económica y política de nuestros pueblos.

DIPLOMACIA BOLIVARIANA DE PAZ EN LA ONU

